

LA NIÑA QUE AMABA DESESPERADAMENTE EL CUENTO DE CAPERUCITA ROJA

(Se sugiere para adultos no adictos a Internet y adolescentes recuperables)

Érase una vez que, en un país en el que casi nadie leía libros, vivía una niña muy buena que, resistiendo las intensas tendencias audiovisuales de sus compañeros de clase, cada noche, antes de acostarse, sentía la necesidad casi compulsiva de que su abuelita le leyera, lentamente y sin olvidar detalle, el cuento de Caperucita Roja.

Pero una cálida tarde de verano la abuelita desapareció misteriosamente sin dejar rastro en un bosque cercano.

Tanto los vecinos, como la policía e incluso unidades especiales del ejército la buscaron sin resultado utilizando perros, drones y médiums paranormales. Investigaron en las pastelerías, las profundidades del alcantarillado y también en lo más alto de los edificios y árboles del bosque ya que, como se pudo averiguar más tarde a través de los archivos secretos de la CIA, en su juventud, además de adicta al chocolate belga, la abuelita había sido una notable espía, espeleóloga y alpinista.

Al cabo de algunas semanas sin obtener resultados, se dio el caso por cerrado y jamás llegó a aclararse si, en un descuido, Federico, el cocodrilo que unos vecinos se habían traído de África como mascota, se la había comido de un bocado o si la había secuestrado el clan de los malvados gagos, decididos a imponer definitivamente al mundo infantil sus sádicos juegos de ordenador con zombis tridimensionales.

Lo cierto es que nuestra niña buena se quedó sin abuelita ni cuento nocturno, empezó a pasar muchas noches sin poder conciliar el sueño y, finalmente, decidió ir en busca de alguna persona que fuera capaz de contárselo pues, aunque se lo sabía casi de memoria siempre se olvidaba de algún detalle importante, como el color de las hojas de los árboles del bosque o el orden y tono de la preguntas que Caperucita formulaba al lobo disfrazado de abuelita cuando lo recibía en su casa.

Así que Margarita, nuestra niña buena, inició la búsqueda de alguna persona capaz de suplir a la abuelita desaparecida durante su ausencia y, muy pronto, andando por la calle se encontró a un historiador muy erudito.

—Buenas tardes querido señor —saludó la niña buena—. ¿Podría ser tan amable de venir a mi casa esta noche y contarme el cuento de la Caperucita Roja?

—Estoy muy ocupado con las dinastías europeas del siglo xvii y dispongo de poco tiempo pero veré que puedo hacer. ¿Caperucita Roja? —se preguntó en voz alta el historiador erudito—. Vamos a ver. El nombre me suena a revolución rusa. ¿No te referirás por casualidad a la «Caperucita Marxista», de triste memoria, que participó activamente en las purgas de Stalin?

—Me parece que no. ¿Quién era Stalin? ¿El nombre del lobo?

—No estoy seguro. Tendré que consultarlo en el ordenador —y el historiador erudito se marchó un poco avergonzado hacia su escondite en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad.

Desconcertada, Margarita, la niña buena, prosiguió su camino hasta que se cruzó con una sonriente activista antitaurina que blandía orgullosamente una pancarta que mostraba un toro ensangrentado acribillado de banderillas.

—Buenas tardes, querida señora. ¿Podría ser tan amable de venir a mi casa esta noche y contarme el cuento de Caperucita Roja?

—Creo recordarlo. ¿Es la historia del simpático lobo que cuidaba amorosamente a una anciana y le preparaba un caldo delicioso cuando estaba enferma?

Margarita, la niña buena, la escuchó en silencio unos momentos con perplejidad y continuó andando sin despedirse hasta que encontró un hombre con bata blanca y fonendoscopio que parecía tener mucha prisa.

—¡Buenos días, doctor! —saludó amablemente—. ¿Podría venir esta noche a mi casa y contarme el cuento de la Caperucita Roja? Es que mi abuelita ha desaparecido y he olvidado algún detalle.

—¡Buenos días, pequeña! ¿Caperucita Roja? —reflexionó un momento el médico—. Sí, me parece recordar que este nombre aparecía en una de las primeras lecciones de la Facultad. Creo que tiene relación con un cirujano húngaro que practicó a un lobo disfrazado de anciana una de las primeras cesáreas sin anestesia de la historia de la medicina. Me parece que existe un monumento en su honor en el jardín de la Facultad de Medicina de Cracovia. Lo siento, es todo lo que sé.

—Vale. Es interesante pero no me sirve. El cuento de Caperucita Roja habla de una niña a la que su madre preparó una cesta con una gran cantidad de cosas deliciosas para su abuelita enferma: pastel de manzana, un tarro de miel, mermelada de fresa...

—Entonces se trata del cuento que escuché el otro día en la inauguración de una sociedad gastronómica vasca —interrumpió un amigo del aizcolari Aitor que pasaba por allí—. La mayor parte era en euskera y no entendí gran cosa, pero alguien me tradujo que trataba de la hija de un reputado cocinero llamado Patxi, que vestía una capa roja con capucha.

—¡No, no y no! —la niña casi se puso a llorar—. ¿De verdad no hay nadie en esta ciudad que conozca el cuento de Caperucita Roja?



Siguió adelante y se cruzó con el ventrílocuo, el cual la reconoció enseguida y antes de que Margarita, la niña buena, pudiera preguntarle, se dirigió a ella:

—Tú debes ser la niña que busca a alguien que sepa el cuento de Caperucita Roja. ¿No es cierto? No conozco el principio pero la escena del lobo en la cama disfrazado de abuelita es genial.

Y a continuación, imitando a la niña, con una voz tierna exclamó:

—«¡Qué ojos más grandes tienes!» —y siguió entusiasmado con la de la abuelita—. «¡Es para verte mejor». Y pasan más cosas pero no las recuerdo bien.

—Lo siento pero si no sabes todo el cuento no me sirves.

Y andando andando, sorprendió en la cafetería a un sonriente lobo que se estaba comiendo un helado de chocolate. Tras unos momentos de vacilación y escondiendo disimuladamente bajo el abrigo el gran cuchillo de cocina que había cogido en el último momento para defenderse, Margarita, la niña buena, se atrevió a preguntarle:

—Me gustaría saber si has oído hablar del cuento de la Caperucita Roja.

Al oír el nombre, el lobo se puso inmediatamente triste, su cola se volvió flácida y empezó a sollozar.

—¡Es una historia muy dolorosa! Trata del brutal asesinato de mi tío Anselmo.

La niña buena no quiso hurgar en la herida. Siempre había creído que el final del cuento era un poco cruel pues los lobos, a pesar de sus momentos de maldad cuando sentían el impulso genético irresistible de dedicarse a la caza de sabrosas niñas y rollizas abuelitas, eran criaturas sociables, como las lagartijas y las ardillas, y también sufrían.

Abandonó al lobo llorando amargamente en el banco del parque y decidió probar fortuna en una residencia de ancianos en la que todavía sobrevivían algunas de las pocas amigas de su abuelita.

—Buenos días. Soy la nieta de la Sra. Josefina y me gustaría saber si alguna de ustedes conoce el cuento de la Caperucita Roja.

—Creo que Marta lo sabe pero, como es tartamuda y tarda bastantes horas en terminarlo, el médico le ha prohibido contarle ya que, cuando llega al episodio de «¡Qué dientes más grandes tienes!», le sube mucho la tensión y existe un grave riesgo de apoplejía.

—¿Y nadie más lo sabe?

—Carmencita también lo sabía. Pero detesta el pescado y, como en la residencia lo sirven cada noche para cenar, se fugó con el vigilante la semana pasada.

—Si te sirve el cuento de Blancanieves —intervino otra anciana—. Muchas lo sabemos, incluso con los nombres de los enanitos, pero con Caperucita Roja siempre nos olvidamos detalles. No nos gusta demasiado; creemos que después de haber seguido una estrategia tan inteligente, el lobo merecía haberse comido a Caperucita que, aparte de miope, debía ser un poco tonta.

Ya cansada, la niña buena entró en el Museo de Arqueología y descubrió el libro de Caperucita en el fondo de una de las salas más apartadas. Pero estaba prohibido hojearlo sin un permiso especial del director. Y tras cumplimentar interminables formularios sin obtener respuesta, desistió.

Al llegar muy desanimada cerca de su casa, por el rabillo del ojo descubrió la cola de Federico, el cocodrilo de los vecinos, que trataba de esconderse en el garaje, y, sin pensárselo dos veces, se lanzó sobre él, le abrió el vientre en canal con el cuchillo de cocina y la abuelita salió de su vientre, sonriente, dicharachera y feliz.

Y aquella noche, y las noches siguientes, volvió a contarle el cuento de Caperucita Roja hasta que Margarita, la niña buena, se hizo mayor y se convirtió en Marga, una joven mala, que fue declarada socia de honor de la Asociación del Rifle Victorioso, por el entusiasmo que demostraba al disparar a los lobos con su escopeta

de perdigones a pesar de que, en algunos países, había sido declarada especie protegida.

Los vecinos no se dieron cuenta de la muerte del cocodrilo Federico hasta al cabo de muchos años. De hecho, siempre lo habían considerado parte del mobiliario y su muerte no les importó demasiado ya que lo que a ellos les gustaba era coleccionar mariposas y solo habían capturado al cocodrilo por equivocación.

La abuelita vivió todavía mucho tiempo. Y a pesar de sus años, un día se coló en una expedición al Himalaya y volvió a escalar el Everest donde todavía permanece contándoles a los solitarios yetis el cuento de Caperucita Roja.

En cuanto a Marga un día disparó a un lobo muy grande, pero equivocó el disparo e hirió a un toro de 600 kilos de peso, el cual la embistió con tanta furia que la dejó parálitica. Y, aunque pudo volver a la vida normal y aprendió a torear, ya no pudo alcanzar la felicidad.

Hasta que un día recibió una extraña carta del Tíbet con el cuento de Caperucita Roja escrito en tibetano. Así que aprendió tibetano, regaló su escopeta a una tribu de indios sioux simpáticos y fue de nuevo feliz mientras se lo contaba a los hijos de Toro Sentado y Búfalo de Pie.